

TESS GERRITSEN

Donantes



Cuando la doctora Abby DiMatteo ingresó en el prestigioso equipo de trasplantes del hospital Bayside de Boston, no podía dejar de asombrarse ante la deshumanización de sus colegas. Su asombro no tardó mucho en dejar paso al pavor cuando se dio cuenta de que, a la hora de salvar una vida, lo que más importaba eran las cifras de la cuenta bancaria del enfermo...

A Jacob, mi marido y mi mejor amigo.

1

Era pequeño para su edad, más pequeño que los otros niños que mendigaban en el puente de Arbats-Kaya, pero a los doce años ya había hecho de todo. Hacía cuatro que fumaba, tres y medio que robaba y dos que se prostituía. Esto último a Yákov no le gustaba, pero el tío Misha insistía. ¿Cómo, si no, iban a comprar pan y tabaco? Siendo el más pequeño y el más rubio de los niños del tío Misha, Yákov cargaba con lo más pesado del trabajo. Los clientes siempre preferían a los más pequeños y a los rubios. Al parecer, no les importaba que a Yákov le faltara la mano izquierda; es más, muchos ni siquiera reparaban en el muñón. Quedaban totalmente fascinados por su baja estatura, sus cabellos claros, sus imperturbables ojos azules.

Yákov soñaba con dejar aquella vida y ganarse el sustento trabajando de carterista, como los niños mayores. Todas las mañanas, al despertar en el piso de Misha, y todas las noches antes de dormirse, alargaba la mano y se agarraba del barrote de la cabecera de la cama. Se estiraba esperando añadir una fracción de centímetro a su estatura. Ejercicio inútil, como le decía el tío Misha. Yákov era pequeño porque venía de una estirpe canija. La mujer que lo había abandonado en Moscú, hacía ocho años, también era canija. Él apenas la recordaba; y tampoco podía recordar mucho más de su vida antes de llegar a la ciudad. Lo único que sabía era lo que el tío Misha le había contado, y de eso sólo se creía la mitad. A la tierna edad de doce años, Yákov era al mismo tiempo diminuto y sabio.

De modo que en aquel momento observaba con su escepticismo habitual al hombre y a la mujer que hablaban de negocios con el tío Misha sentados a la mesa.

La pareja había llegado al piso en un gran coche negro de lunas ahumadas. El hombre, Gregor, vestía traje y corbata, y calzaba zapatos de piel auténtica. La mujer, Nadiya, era rubia, vestía falda y chaqueta de lana fina y llevaba una maleta herméticamente cerrada. No era rusa, eso era evidente para los cuatro niños que había en el piso. Quizá estadounidense, o tal vez inglesa. Hablaba ruso con fluidez, pero con acento.

Mientras los dos hombres hablaban de negocios y tomaban vodka, la mirada de la mujer se paseaba por el reducido espacio del piso, observando los viejos catres del ejército arrimados contra la pared, los montones de ropa de cama sucia, y a los cuatro niños apretados unos contra otros en un silencio expectante. Tenía unos bonitos ojos color gris claro y los miró a todos uno por uno. Primero a Piotr, el mayor, de quince años. Luego, a Stepán, de trece, y a Alexéi, de diez.

Y por fin se fijó en Yákov.

Éste estaba acostumbrado a aquel tipo de escrutinio por parte de los adultos y le devolvió la mirada con calma. Pero a lo que no estaba acostumbrado era a que hicieran caso omiso de su persona. Por lo general la gente pasaba por alto a los otros niños. Aquella vez fue el desgarbado Piotr, con su cara llena de granos, el que se ganó la atención de la mujer.

Nadiya le dijo a Misha:

—Haces lo que debes, Mijaíl Isáievich. Estos niños no tienen ningún futuro aquí. ¡Les estamos dando una gran oportunidad! —Y dirigió una sonrisa a los pequeños.

Stepán, el tonto, le sonrió como un idiota enamorado.

—Pero quiero que lo entiendan; no hablan inglés —dijo el tío Misha—. Apenas unas palabras.

—Los niños aprenden rápido. Para ellos no representa ningún esfuerzo.

—Necesitarán tiempo para aprender. El idioma, la comida...

—Nuestra agencia tiene muy presente esas necesidades transitorias. Trabajamos con muchos niños rusos, huérfanos como éstos. Permanecerán un tiempo en una escuela especial, lo que les permitirá adaptarse.

—¿Y si no lo consiguen?

Nadiya vaciló.

—A veces hay excepciones..., los que tienen dificultades emocionales. —Recorrió con la mirada a los cuatro niños—. ¿Hay alguno en particular que te preocupe?

Yákov sabía que él era quien tenía las dificultades de que hablaban. Era él quien no reía casi nunca y jamás lloraba, a quien el tío Misha llamaba su «niño de piedra». Él desconocía la razón por la que no lloraba nunca. Los otros, cuando se hacían daño, derramaban lágrimas gruesas y pesadas. Yákov se limitaba a poner la mente en blanco, como se pone en blanco la pantalla del televisor de noche, cuando las emisoras terminan la transmisión. Nada de transmisión, nada de imágenes, sólo el consuelo de una bruma blanca.

El tío Misha dijo:

—Son todos buenos chicos. Excelentes.

Yákov miró a los otros tres niños. Piotr tenía la frente protuberante y los hombros permanentemente encogidos, como los de un gorila. Stepán, las orejas raras, pequeñas y arrugadas, y entre ellas flotaba un cerebro de mosquito. Alexéi se chupaba el pulgar.

«Y yo tengo una sola mano —pensó Yákov mirándose el muñón—. ¿Por qué dirán que somos excelentes?» Sin embargo, era en eso precisamente en lo que insistía el tío Misha. Y la mujer seguía asintiendo. Eran niños buenos, niños sanos.

—¡Ni siquiera tienen caries! —señaló Misha—. ¿Lo ven?, ni uno podrido. Y miren qué alto es mi Piotr.

—Aquél parece desnutrido. —Gregor señaló a Yákov—. ¿Qué le pasó en la mano?

—Nació así.

—¿La radiación?

—Sí, pero no lo afectó en nada más. Sólo le falta la mano.

—No habrá problemas —dijo Nadiya y se levantó del asiento—. Tenemos que irnos. Ya es hora.

—¿Tan pronto?

—Hay que cumplir un horario.

—Pero... la ropa de los niños...

—La agencia se la proporcionará. Mejor que la que llevan puesta ahora.

—¿Tiene que ser tan rápido? ¿No tenemos tiempo de despedirnos?

Un relámpago de irritación pasó por los ojos de la mujer.

—Sólo un momento. No queremos perder el contacto.

El tío Misha miró a sus niños, sus cuatro niños, con los que no lo unían lazos de sangre, ni siquiera el afecto, pero sí la dependencia mutua. La necesidad mutua. Los abrazó uno por uno. Cuando llegó a Yákov lo estrechó un poco más y durante más tiempo. El tío Misha olía a cebolla y a cigarrillos, olores conocidos. Olores buenos. Pero el instinto de Yákov lo hizo apartarse de él. No le gustaba que lo abrazaran o que lo tocaran. Nadie.

—Acordaos de vuestro tío —susurró Misha—. Cuando seáis ricos, en Estados Unidos. Acordaos de cómo os cuidaba.

—Yo no quiero ir a Estados Unidos —dijo Yákov.

—Es por tu bien. Por el bien de los cuatro.

—¡Quiero quedarme contigo, tío! Quiero quedarme aquí.

—Tienes que ir.

—¿Porqué?

—Pues porque yo lo he decidido así. —El tío Misha lo cogió por los hombros y lo sacudió—. Lo he decidido y ya está.

Yákov miró a los otros niños, que sonreían, y pensó: «Están contentos. ¿Por qué soy el único que tiene dudas?».

La mujer cogió a Yákov de la mano.

—Los llevaré al coche. Gregor puede terminar aquí lo de los papeles.

—¿Tío? —llamó Yákov.

Pero Misha ya se había vuelto y miraba por la ventana.

Nadiya llevó a los cuatro niños por el pasillo y escaleras abajo. Eran tres plantas hasta la calle. Todo el ruido de las pisadas y la estrepitosa energía infantil parecían retumbar en el hueco de la escalera.

Ya estaban en la planta baja cuando de pronto Alexéi se paró en seco y gritó.

—¡Esperad! ¡Me he olvidado de *Shu-Shu*! —Y salió corriendo escaleras arriba.

—¡Ven aquí! —exclamó Nadiya—. ¡No puedes subir!

—¡No puedo dejarla! —gritó Alexéi.

—¡Vuelve ahora mismo!

Alexéi siguió corriendo por la escalera. La mujer estaba a punto de salir tras él cuando Piotr dijo:

—No se irá sin *Shu-Shu*.

—¿Quién demonios es *Shu-Shu*? —preguntó ella.

—Su perra de peluche. Hace siglos que la tiene.

Ella miró por el hueco de la escalera hacia el cuarto piso y en aquel momento Yákov vio en los ojos de la mujer algo que no comprendió.

Temor.

La mujer dudaba entre salir detrás de Alexéi y dejarlo ir. Cuando el niño volvió corriendo escaleras abajo con la andrajosa *Shu-Shu* en brazos, ella se mostró tan aliviada que pareció derretirse contra la barandilla.

—¡Aquí está! —exclamó Alexéi, abrazado a la perra de peluche.

—Ahora vámonos —dijo la mujer, guiándolos afuera.

Los cuatro niños se amontonaron en el asiento trasero del coche. No había mucho espacio y Yákov tuvo que sentarse a medias sobre las rodillas de Piotr.

—¿No puedes poner ese culo huesudo en otro sitio? —rezongó éste.

—¿Dónde quieres que lo ponga? ¿Quieres que te lo ponga en la cara?

Piotr lo empujó. Yákov le devolvió el empujón.

—¡Basta! —ordenó la mujer desde el asiento de delante—. Portaos bien.

—Pero es que no cabemos —dijo Piotr.

—Pues haced sitio. ¡Y silencio!

La mujer miró hacia la parte de arriba del edificio, hacia el cuarto piso. Hacia el piso de Misha.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Alexéi.

—A Gregor. Está firmando los papeles.

—¿Falta mucho?

La mujer se reclinó en el asiento y miró hacia delante.

—No mucho.

«Ha estado cerca», pensó Gregor cuando aquel niño, Alexéi, salió del piso por segunda vez y cerró la puerta a sus espaldas. Si aquella pequeña bestia hubiera aparecido un momento después, se habría armado un buen lío. ¿Cómo es que la estúpida de Nadiya había permitido a aquel mocosito volver a subir? Él se había opuesto desde el principio a que fuera Nadiya. Pero Reuben insistió en elegir a una mujer. La gente confía en una mujer.

Las pisadas del niño se perdieron por el hueco de la escalera: un ruido fuerte al que siguió el de la puerta del edificio.

Gregor se volvió hacia el explotador de niños.

Misha estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia la calle, hacia el coche donde estaban sus cuatro niños. Apre-

tó la mano contra el vidrio, abriendo los cinco dedos en un gesto de despedida. Cuando se volvió a mirar a Gregor tenía los ojos húmedos.

No obstante, lo primero que hizo fue preguntar por el dinero.

—¿Está en la maleta?

—Sí —dijo Gregor.

—¿Todo?

—Veinte mil dólares estadounidenses. Cinco mil por niño. Es el precio acordado.

—Sí. —Misha suspiró y se pasó una mano por la cara. Una cara cuyas arrugas mostraban claramente el efecto del exceso de vodka y cigarrillos—. ¿Los van a adoptar buenas familias?

—Nadiya se ocupará de eso. Adora a las criaturas, ¿sabe? Por eso eligió este trabajo.

Misha logró esbozar una tenue sonrisa.

—Tal vez pueda conseguir que me adopte a mí una familia norteamericana.

Gregor tenía que apartarlo de la ventana. Señaló la maleta, que había dejado sobre una mesita auxiliar.

—Adelante. Compruébelo si quiere.

Misha fue hacia la maleta y la abrió. Dentro había montones de billetes ordenados en fajos. Veinte mil dólares, suficiente para todo el vodka que necesita un hombre para destrozarse el hígado. «Qué barato es en esta época comprarle el alma a un hombre —pensó Gregor—. En las calles de esta nueva Rusia se puede comerciar con cualquier cosa. Una caja de naranjas israelíes, un televisor norteamericano, los placeres de un cuerpo de mujer. Oportunidades en todas partes para quienes tengan talento para encontrarlas.»

Misha se quedó mirando el dinero, su dinero, pero no con aire de triunfo. Más bien sentía asco. Cerró la maleta y permaneció con la cabeza gacha y las manos apoyadas sobre el duro plástico negro.

Gregor se situó a sus espaldas, levantó el cañón de una pistola automática con silenciador y le disparó dos tiros en la cabeza.

La sangre y la materia gris salpicaron la pared de enfrente. Misha cayó de cara al suelo, arrastrando en su caída la mesilla auxiliar. La maleta quedó tirada sobre la alfombra, a su lado.

Gregor la levantó rápidamente antes de que la sangre pudiera mancharla. Algunos trocitos de tejido humano se habían pegado en uno de sus lados. Fue al baño, limpió el plástico con papel higiénico, tiró el papel al inodoro y dejó correr el agua. Cuando volvió a la habitación donde yacía Misha, el charco de sangre ya había avanzado por el suelo y estaba empapando la alfombra.

Gregor miró a su alrededor para asegurarse de que su trabajo allí había terminado y que no quedaba ninguna evidencia. Estuvo tentado de llevarse la botella de vodka, pero decidió no hacerlo. Tendría que explicar por qué tenía en su poder la preciosa botella de Misha y Gregor no era lo suficientemente paciente para someterse a las preguntas de los niños. Ése era el trabajo de Nadiya.

Salió del piso y bajó por las escaleras.

Nadiya y los niños esperaban en el coche. Ella lo miró cuando se sentó al volante, con una pregunta evidente en la mirada.

—¿Ya habéis firmado todos los papeles? —preguntó.

—Sí, todos.

Nadiya se reclinó en el asiento, exhalando un perceptible suspiro de alivio.

«No tiene madera para esto», pensó Gregor mientras ponía en marcha el coche. Dijera Reuben lo que dijera, aquella mujer era un peligro.

Se oyeron ruidos de forcejeos en el asiento de atrás. Gregor miró por el espejo retrovisor y vio que los niños se empujaban unos a otros. Todos menos el pequeño, Yákov, que miraba hacia delante. En el espejo sus miradas se en-

contraron y Gregor tuvo la extraña sensación de que no eran los ojos de un niño sino los de un adulto los que miraban en la cara de aquel niño.

Entonces Yákov se volvió y le dio un puñetazo en el hombro al niño de al lado. En un instante, el asiento de atrás se convirtió en un lío de cuerpos que se retorcían y brazos y piernas que se agitaban.

—¡Portaos bien! —dijo Nadiya—. ¿No os podéis estar quietos? Nos espera un largo viaje hasta Riga.

Los niños se tranquilizaron. Por un momento se quedaron en silencio. Pero Gregor pudo ver, por el espejo retrovisor, cómo el pequeño, el de los ojos de adulto, volvía a darle un codazo a su vecino. Sonrió. No había razón para preocuparse, pensó. Después de todo, no eran más que niños.

2

Eran las doce de la noche y Karen Terrio luchaba por mantener los ojos abiertos. Luchaba por seguir en la carretera.

Había estado conduciendo casi sin parar durante los dos últimos días; partió inmediatamente después del entierro de tía Georgina y no se había detenido más que para dormir un poco o para tomarse una hamburguesa con café. Litros de café. El entierro de su tía ya quedaba lejos; después de dos días, formaba parte de los recuerdos. Gladiolos marchitándose. Primos sin nombre. Bocadillos echados a perder. Obligaciones. ¡Malditas obligaciones!

En aquel momento lo único que quería era llegar a casa.

Pero antes tendría que parar otra vez y tratar de dormir un poco. Sin embargo, estaba muy cerca; sólo le quedaban ciento sesenta kilómetros para llegar a Boston. En el último Dunkin Donuts se había tomado tres tazas más de café. Eso la había ayudado un poco; le había dado suficiente ímpetu para conducir desde Springfield a Sturbridge. Pero en aquel momento el efecto de la cafeína comenzaba a desaparecer y, aunque ella creía estar despierta, era consciente de que más de una vez se le había caído la cabeza sobre el pecho y de que se había quedado dormida, aunque fuera un segundo.

El cartel de un Burger King la llamó desde la oscuridad. Salió de la carretera.

Después de entrar en el local, pidió un café y un bollo y se sentó a una mesa. A aquellas horas de la noche había pocos clientes en el comedor, y los pocos que había mostraban la misma máscara pálida de agotamiento. Fantasmas

de la autopista, pensó Karen. Almas cansadas que parecían estar en todas las áreas de servicio. En el ambiente reinaba un silencio extraño: todo el mundo se concentraba en tratar de mantenerse despierto para volver a la carretera.

En la mesa de al lado vio a una mujer de aspecto deprimido, con dos niños que comían galletas en silencio. Aquellos niños, tan bien educados, tan rubios, le recordaron a sus hijas. Al día siguiente cumplirían años. Aquella noche, dormidas en sus camas, pensó, les faltaban sólo unas horas para tener trece años. Un día más alejándose de la niñez.

«Cuando despierten ya estaré en casa», pensó.

Volvió a llenar la taza de café, cogió una tapa de plástico y se encaminó hacia el coche.

En aquel momento sentía la cabeza despejada. Lo conseguiría. Dos horas, ciento sesenta kilómetros, y cruzaría el umbral de la puerta de su casa. Puso en marcha el coche y salió del aparcamiento.

«Ciento sesenta kilómetros —pensó—. Sólo ciento sesenta kilómetros.»

Treinta kilómetros más adelante, estacionados detrás de un supermercado, Vince Lawry y Chuck Servis terminaban el último *pack* de cervezas. Se habían dedicado a ello durante cuatro horas sin parar; no era más que una apuesta entre amigos para ver quién se metía más Buds entre pecho y espalda sin vomitar. Chuck llevaba una de ventaja. Habían perdido la cuenta, pero por la mañana, cuando contaran las latas de cerveza amontonadas en el asiento de atrás, lo sabrían.

Sin embargo, Chuck parecía saber que llevaba ventaja y se regodeaba con ello, lo cual irritaba a Vince, porque su amigo siempre era mejor en todo. Pero no era justo; él podría haber seguido bebiendo, aunque se les habían terminado las Buds y Chuck ya tenía aquella sonrisa de satisfacción a pesar de saber que no era una competición leal.

Vince abrió de un empujón la puerta del coche y bajó del asiento del conductor.

—¿Adónde vas? —preguntó Chuck.

—Voy a traer más.

—¡Pero si no puedes más!

—Vete a la mierda —dijo Vince y se encaminó tambaleándose por el aparcamiento hacia la puerta del supermercado.

Chuck rió.

—¡Ni siquiera puedes caminar! —le gritó por la ventanilla.

«Imbécil», pensó Vince. Qué mierda, claro que podía caminar. Caminaba perfectamente. Entraría en el supermercado y compraría otros dos *packs* de media docena. Tal vez tres. Sí, podría fácilmente con tres. Tenía el estómago de hierro y, aparte de tener que mear a cada momento, no sentía los efectos en absoluto.

Tropezó con la puerta... «Umbral de mierda, tan alto, podría demandarlos por eso...», pero se enderezó. Sacó de la nevera tres *packs* con seis botellines cada uno y se acercó hasta la caja. Allí depositó un billete de veinte dólares.

El empleado miró el dinero y negó con la cabeza.

—No puedo vendértelas —dijo.

—¿Qué quieres decir con que no puedes vendérmelas?

—No puedo venderle cerveza a un cliente embriagado.

—¿Estás diciendo que estoy borracho?

—Así es.

—Mira, es dinero, ¿no? ¿No te gusta mi dinero?

—No quiero que me demanden. Vuélpelas a poner en su sitio, ¿quieres? O mejor todavía, ¿por qué no te tomas un café o compras algo para comer? ¿Un perrito caliente?

—No quiero ningún perrito caliente.

—Entonces sal de aquí, muchacho. Vamos.

Vince arrojó uno de los *packs* de cerveza por encima del mostrador. El *pack* cayó al suelo con estruendo. Iba a arro-